



 Puente
de Vauxhall **Javier**
Sebastián

DESTINO

Puente de Vauxhall

Javier
Sebastián

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1284

1

Con la hermana Loretta María en Shaftesbury

En 1997 la hermana Loretta María Sempowski, del colegio de Saint Mary, aceptó participar en un experimento sobre grandes memorias del mundo.

Lo primero que tuvo que hacer fue contar su vida. No hacía falta que siguiera un orden concreto, podía empezar por donde le diera la gana. Una alegría cualquiera para ir entrando en calor, los detalles habrían de venir más tarde. O, si no, que hablara del año en que se hizo monja, o de cuando le dijeron que su padre se quedaría para siempre en una trinchera de Las Ardenas, ese día lloró mucho.

La referencia por contraste de aquel experimento era el señor H. M., muy popular en el mundo de la Neurología. Era epiléptico desde niño. A mediados de los años cincuenta el doctor William Beecher Scoville le practicó una cirugía experimental que consistía en succionarle el hipocampo y parte de los lóbulos temporales medios adyacentes por un par de orificios que le hizo por encima de los ojos. Los ataques epilépticos dejaron de ser tan frecuentes, pero

H. M. perdió los recuerdos, y todos los días había que explicarle quién era.

Después de su madalena de la tarde, la hermana Loretta María le escribía cartas a H. M. y en cada una de ellas se presentaba de nuevo. Me llamo Loretta María Semposki, nací en Polonia. Soy monja. Y, por si le interesa saberlo, yo también ando a vueltas con la cabeza.

Mi caso es exactamente el contrario que el suyo. No están seguros, pero creen que podría ser hipermnesia.

Solo han encontrado a cuatro personas en el mundo que la tienen y eso hace que me sienta rara. Y usted, señor H. M., de América, ¿usted cómo se siente?

Para que los recuerdos de la hermana Loretta María fluyeran sin interrupción, se le excusó el trabajo de redactar ella misma su vida. Fui yo la que lo hizo, llené más de un centenar de cuadernos, como los que usan los escolares para sus caligrafías. Gasté bolígrafos de todas clases, al final el colegio de Saint Mary, en Shaftesbury, era mi segunda casa.

No me dejaron usar grabadora ni transcribir sus palabras en un ordenador, pues no querían más testimonio que los cuadernos. La monja hablaba muy despacio para darme tiempo a anotar sus palabras y en seguida se acostumbró a dictar. Mis momentos estelares a cámara lenta, decía.

A sus ochenta y dos años podía recordar muchas cosas, en eso no hay exageración ni mentira: el orden en que estaban dispuestos los cuadros cuando visitó

la Alte Pinakothek de Múnich acompañando en su viaje de estudios a un grupo de alumnas, los días exactos de 1986 en que se pudo ver el cometa Halley en el cielo o el nombre de la serie que empezó a emitirse tras una semana de luto sin televisión por la muerte de la hermana Violeta, y que era *Cheers*, y el argumento del episodio primero, y hasta el color de la camisa que llevaba Sam Malone.

En primer lugar, contarlo todo. Lo siguiente fue firmar una autorización para que, al morir, el University College de Londres pudiera quedarse con su cerebro. Aunque tendrán que esperar, dijo, porque pienso llegar a los cien años, más vale que vayan haciéndose a la idea.

La hermana Loretta María había aceptado participar en el experimento a condición de que no se le viera nunca la cara, de lo contrario callaría bastante.

Y así pasamos plácidas mañanas de primavera, y luego de verano, ella a un lado de un biombo color canela, yo al otro. Ese fue mi trabajo, a razón de unas treinta páginas diarias. Un par de veces por semana, el coronel Dolado, que dirigía el experimento, me esperaba en Montcombe Hall, un pequeño hotel de campo a un cuarto de hora en coche desde Shaftesbury, y yo le iba entregando los cuadernos en mano.

Tuve muchas veces la tentación de asomarme para verle la cara a la hermana Loretta María, sobre todo una mañana en que dijo que sabía perfectamente lo que iba a pasar con esos cuadernos cuando se muriera.

A los diez minutos le pedí que me dejara marchar. Se me había puesto dolor de estómago, una cosa aquí dentro. Me subía como calor.

La hermana Loretta María había viajado por los continentes, dominaba la cocina como nadie, en especial la repostería. Fue asistente religiosa de la princesa Diana, hasta que un día no le dejaron verla más.

Cuando su cerebro esté en la bandeja de un laboratorio, la echaré en falta. Sé que entonces querré hacerme monja yo también, cumplir muchos años y morir en Saint Mary una tarde lluviosa junto a la ventana.

A finales de verano se suspendió el experimento, no hubo explicaciones, se acabó y eso fue todo. A mí me mandaron a una finca de Almería, donde al poco tiempo me convertí en una mujer que cuida sus hortalizas siguiendo los consejos de *La gran guía práctica del cultivo natural* y se procura el sustento en lo que da la tierra.

Mis primeras semanas en Almería las pasé con la doctora Pilbeam, de la Universidad de California. Sabía muchas cosas sobre el cerebro, era uno de sus temas favoritos de conversación. El coronel Dolado le había pedido que viniera a hacerme compañía, y lo cierto es que fue un estímulo. Mary-Kate Pilbeam tenía una sección fija en el *Scientific American* y prometió que un par de artículos me los iba a dedicar a mí. Me enseñó tablas de gimnasia oriental estilo Qi Gong y a veces me pedía que le contara mi vida con la hermana Loretta María.

Decía: Aquí tiene estas hojas de gramaje ligero y cuadrícula fina, vienen con una raya naranja en el margen izquierdo. Si quiere que su caso aparezca en el *Scientific American* necesitaré un mínimo de documentación escrita.

Yo comía a gusto, y es que quizás no había ninguna necesidad de que tuviera que hacerlo de otro modo. Dormía benéficas siestas. Tenía una hectárea de tierra con árboles frutales, más tres perros dogos a los que llamaba *Celeste*, *Bertrand Russell* y *Cándido*. Y mis amados cultivos los regaba con agua de la acequia y les ponía nitrato en abundancia. A eso me dedicaba, y así la vida puede durar siglos.

De hecho, los días se sucedían sin sobresaltos. Semanas y meses, todos se parecían.

Hasta que una mañana el coronel Dolado me llamó por teléfono y me dijo: Coja el primer avión a Londres y después me busca en el Claridge's, paso allí las veinticuatro horas.

No era un mal hombre ese Dolado, un poco impaciente si acaso.

Me despedí de los manzanos, que acababa de sulfatar, por lo que pensé que podrían defenderse solos. También a los dogos les dije adiós, había pasado tanto tiempo con ellos que les cogí cariño, mientras les acariciaba el lomo pudieron comerse todas las bolas de carne deshidratada que quisieron. Luego me senté frente al televisor apagado y así estuve una hora o más. Por extraño que parezca, no sabía decir por qué Dolado me había dado una vida como aque-

lla en Almería. Ni cuál era la amenaza, ni de qué había querido alejarme.

Ni tampoco por qué recordaba tan poca cosa de mis conversaciones con la hermana Loretta María en Shaftesbury. Quizás fuera a enterarme ahora, una tiene derecho.

El vuelo no tuvo nada de memorable, ni siquiera sufrimos las turbulencias de los cielos del Canal de la Mancha. Tomé un taxi en el aeropuerto y, en cuanto llegué al Claridge's, le pregunté a Dolado por dónde empezábamos. Él me cogió del brazo y dijo que antes querían saber algunas cosas de mí, tenían que hacer comprobaciones, así fue como lo llamó.

Me llevó hasta un sofá, acercó una silla para sentarse frente a mí y, poniendo el dedo sobre un plano de Londres, dijo: Veremos si sabe arreglárselas y retener los recorridos.

Porque hay distracciones en su cabeza que debemos averiguar si se mantienen.

Ah, y ya sabe que aquí no se aceptan preguntas, ¿estamos?

Esa misma semana me pidieron que recorriera de arriba abajo Marylebone fijándome bien en el nombre de los locales comerciales y los artículos en oferta de los escaparates, y siguiera hasta Aldersgate y observara oficinas y corporaciones, de qué líneas eran los autobuses y si se veían niños de los colegios, el sentido del tráfico de las calles perpendiculares, si había obras y de qué importancia, que entablara conversación con desconocidos. Tenía que contar des-

pués lo que habíamos hablado, que, en general, era sobre el alto coste de la vida y el dolor de cabeza que da.

Después anduve por los barrios. Tenía que leer los periódicos y retener algunas noticias. Todos los leí muy atenta y a gusto. Incluso una revista de divulgación científica llamada *The Primacy*. Me sentaba en el banco de un parque y trataba de memorizar lo más importante de la actualidad.

Me mandaron a ver a dos enfermeras, que intentaron que aprendiera series de palabras sin ninguna relación entre sí. Según me dijeron, era para un nuevo artículo de la doctora Pilbeam, a quien yo recordaba con cariño. Todo lo anotaban en sus ordenadores.

El coronel Dolado venía a veces conmigo y se suponía que lo hacía para ayudarme. Llevaba a la espalda una mochila de paseo de la que sacaba barritas de *muesli*. La mayor parte del tiempo caminábamos sin hablar, me aseguró que las confianzas las reservaba para más adelante, insistía mucho en que las tendríamos, las confianzas.

Recuerdo que frente a la iglesia baptista de Westbourne Park, por el lado de las vías, una mujer me preguntó si quería cambiar de vida, me pareció que era algo ensayado de antemano, parte del programa de Dolado.

No supe qué contestar.

Llevaba puesto un chubasquero de color naranja y estaba sentada en una silla de tijera junto a la tapia. Era la tarde de un domingo oscuro y aquella mujer estaba allí para preguntarme si quería cambiar de

vida, porque podía darme una nueva y formidable. O, al menos, recuperar la que tuve antes.

Luego volvíamos al Claridge's, donde me hacían rellenar formularios impresos, tenía que poner una equis donde creyera yo que estaba el acierto. Se fijaban incluso en la manera en que cogía el bolígrafo.

Estuve al fin con un hombre que me pidió que dibujara sobre un plano mudo mis recorridos. Iban a estudiar el efecto de los espacios superpuestos, querían ver lo que recordaba. Tenía la mesa llena de papeles que resumían los resultados de las pruebas innumerables que me hicieron. Puedo ver ahora su despacho de tarima negra y el cuadro de un monje lleno de pesadumbre que colgaba de una pared cuando volví un par de semanas más tarde. Pero, sobre todo, las dos cucarachas que tenía en los ojos. También sé lo que dijo, que fue esto: Díganle al general Lassage que sí, que adelante.

Así pues, yo ya estaba lista para la acción, solo faltaba que se diera la oportunidad. Y eso sucedió a los pocos días, cuando el general Lassage llamó a Doldo y le dijo que acudiera conmigo a su apartamento de Grosvenor Road, frente al puente de Vauxhall.

El general Lassage nos ofreció oporto y avellanas. A mí incluso me regaló una agenda de bolsillo, con calendario y un pequeño mapa de carreteras desplegable, llevaba su firma impresa en la cubierta.

Sonrió y luego se quedó en silencio. Aparte de la

agenda, parecía que eso era todo lo que tenía para mí, una esquinada sonrisa.

Nos sentamos a la mesa. La decoración del apartamento resultaba suntuosa, como si se nos quisera advertir de algo. Tal vez que cazó en la India y que era bueno con el rifle telescópico, porque había media docena de piezas de marfil tallado expuestas en una vitrina.

Del general Paul Lassage se decía que lo sabía todo y que semejante conocimiento le hacía parecer un hombre fúnebre, cuando en realidad otros opinaban que era el más afable de los ciudadanos de Francia. En su historial, sin embargo, estaba la acusación que hizo contra Dominique de Villepin de querer acabar con la carrera política de Sarkozy.

Hemos sabido, dijo, que faltan dos de los cuadernos de Shaftesbury. Se me acercó al oído y añadió: Robados, ahora ya está dicho.

El general Lassage se llevó una avellana a la boca y se puso a mordisquearla como un topillo, se la comía sin el menor apetito mientras me miraba, quizás lo hacía para darme tiempo a tener una opinión.

Los cuadernos se quemaban una vez leídos, siguió. Solo guardamos seis, tal y como quedó establecido en su momento, era una muestra de cómo procedíamos.

Tomados uno a uno, y no consecutivos, esos cuadernos son un cuento sin gobierno.

Aun así, y por si acaso, cuatro fueron a un sótano cerca de Ruskin Park y dos a una casa de Dunstable, al noroeste de Londres, lo que haría aún más difícil

entender algo si una persona se hacía con unos pero no con los otros.

Lassage bebió un poco de oporto. Comer y beber, todo lo hacía en pequeñas cantidades, quizás porque de joven lo adiestraron para no tener ni hambre ni sed, ni ninguna otra necesidad que requiriera desatender un instante su trabajo. Se levantó, fue hasta la ventana, cruzó los brazos y, de espaldas a nosotros, dijo: El caso es que alguien iba detrás de esos cuadernos, y los dos de la casa de Dunstable ya los tiene.

En esos cuadernos se hablaba de un penoso asunto que ocurrió en 1997, siguió. Nadie conocía exactamente en qué estábamos metidos, salvo Lena Cattermole, del Grupo Operativo. Con ella compartí organigrama de mando, era natural que a veces se enterara de cosas.

Si los tiene ella, quizás podamos recuperarlos. Lo malo es que tendríamos que ir preguntando, aparcar uno de nuestros coches cerca de su domicilio, se asustaría y tomaría precauciones. Pero queremos saber qué busca.

Y, para eso, no tiene que enterarse de que andamos sobre aviso.

El general Lassage volvió a la mesa, pues había dicho ya lo que era incapaz de decir estando a menos de un metro de nadie. Intentaba esconder que era un hombre tímido, pero a mí eso no se me escapó. Cogió una cucharita de postre y empezó a golpearse con ella en la palma de la mano, yo aún no veía qué quería de mí. Después dijo: Se nos ocurrió

enviarle a Lena Cattermole algunos párrafos de los otros cuatro cuadernos, los de Ruskin Park, y, tal como esperábamos, nos ha seguido el hilo mansamente.

Porque le hemos hecho creer que era usted la que se los remitía, muy dolida por cómo hicimos las cosas, me refiero a cuando murió la princesa Diana en el accidente de París. Le hemos dado pormenores que nadie más podía conocer. Y parece que se lo ha tragado.

En resumen, dijo, que la hemos convertido a usted en su colaboradora y ahora ella piensa que están juntas en esto, que van las dos a una.

Así que ha llegado su turno.

Lassage dejó la cucharita de postre alineada con el resto de los cubiertos. Luego puso las manos sobre la mesa con las palmas hacia arriba para que viéramos que no iba con embustes, que no se guardaba nada. El coronel Dolado me miraba y asentía, como diciendo así es Lassage. Se encogió de hombros y se le vio en la cara que sacarme de mi campo de Almería no fue idea suya, sino de otros de más alta graduación.

Yo notaba el pulso en la garganta y me retiré de la mesa como si fuera a levantarme. Pero sabía que no iba a irme así. Y ellos también debían de saberlo porque no hicieron ademán de retenerme. Les dije que no me dejaran a medias y solo les pedí una cosa, que fue que me contaran por qué eran tan importantes esos cuadernos, porque yo no recordaba haber escrito nada que pudiera involucrarles, ni a ellos ni

al Estado, ni a los bancos ni a los gobiernos últimos, ni tampoco a mí, desde luego, sino que sobre todo lo que había escrito eran vivencias felices de la monja Loretta María Sempowski: ese fue el encargo que me hicieron y yo lo cumplí. ¿Cómo era posible que no me acordara?

Dolado dijo que contestar a esa pregunta habría de poner en peligro mi vida y la de ellos. O por qué creía, si no, que me enviaron a la finca de Almería.

Y la doctora Pilbeam, ¿acaso suponía que acudió desde California para estar conmigo y nada más?

Ahora, añadió el general Lassage, cuando hemos sabido que Lena Cattermole quiere sonsacar a la hermana Loretta María, viene la fase de acabar de una vez con este asunto.

Para lo que tendrá que acudir al lugar que se le indique.

Se presentará como la periodista de *Harpers & Queen* que en 1991 incluyó a la princesa Diana entre las diez mujeres más bellas de Inglaterra, junto a Selina Blow y Cecilia Chancellor, entre otras. Dirá que ahora está preparando un reportaje sobre el estilo de vida de los Windsor.

Llevará carnet, las autorizaciones. Todo está listo desde hace semanas.

Viajará en un Range Rover con una muy alta instancia, porque Lena Cattermole tiene que pensar que es usted una persona protegida.

No podría irnos bien, si no.

Por descontado, esa muy alta instancia no está al corriente de nada.